



Actas de las VII Jornadas de Investigación en Filosofía para profesores,  
graduados y alumnos

10, 11 y 12 DE NOVIEMBRE DE 2008

Departamento de Filosofía  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de La Plata  
ISBN 978-950-34-0578-9

## **Observación acerca de los rótulos en la enseñanza de la filosofía. Un ejemplo: La filosofía de Maurice Merleau- Ponty, ¿filosofía de la ambigüedad?**

**Graciela Blarduni**

La suerte de ciertos hallazgos demasiado felices, se puede convertir en una trampa. Tal parece ser el destino de la caracterización de la filosofía de Merleau-Ponty como filosofía de la ambigüedad, está tan cerca de la verdad que la enmascara. Pido permiso para historiar (brevemente) ese apelativo antes de cuestionarlo.

En un libro publicado en 1947, *Para una moral de la ambigüedad*, Simone de Beauvoir caracteriza el existencialismo como una filosofía de la ambigüedad: desde el Kierkegaard que se contrapone a Hegel subrayando el carácter irreductible de la ambigüedad, hasta el Sartre de *El Ser y la Nada* que define al hombre fundamentalmente “como ese ser cuyo ser es no ser, esa subjetividad que no se realiza más que como presencia en el mundo, esa libertad comprometida, ese surgimiento del para-sí que está inmediatamente dado para otro”.<sup>1</sup>

En el mismo año, Ferdinand Alquie escribe un artículo con el título: “Une philosophie de l’ambigüité: la philosophie de Maurice Merleau- Ponty” para la revista *Fontaine*, nº 59, título que luego cede<sup>2</sup> a Alphonse de Waelens para el suyo, renombrado y esclarecedor, sobre el autor, publicado en 1951, que encabeza, por lo menos a partir de la sexta edición, la publicación de *La structure du comportement*.<sup>3</sup>

En 1964, Gallimard publica *Le visible et l’invisible*, obra que quedó inacabada tras la brutal muerte de su autor en 1961 y cuyo texto fue establecido por Claude Lefort, quien también escribe una Advertencia final en la que vuelve a usar “ambigüedad” para caracterizar lo más propio de la filosofía de Merleau-Ponty: “más que ningún otro, puso en evidencia la

<sup>1</sup> Beauvoir, S. de (1964) p. 13. (Todas las traducciones del francés me pertenecen.)

<sup>2</sup> Cfr. Artículo sobre Merleau- Ponty, en Ferrater Mora, J. (1965).

<sup>3</sup> Merleau-Ponty, Maurice (1967)

ambigüedad de una relación que nos abre y nos cierra a la vez a lo que fue pensado por otro, devela la profusión del sentido detrás nuestro y, simultáneamente, una distancia infranqueable del presente al pasado en la que se pierde el sentido de la tradición filosófica y nace la exigencia de retomar, sin sostén exterior, el trabajo de la expresión.”<sup>4</sup>

Es evidente que “ambigüedad” no está usada en ninguno de los contextos citados como algo poco preciso, o falta de claridad, o como incapacidad de señalar con justeza a qué se tiende, sino más bien en el sentido de que hay dos aspectos que se adicionan o acumulan (¿cómo?) sin que haya oposición entre ellos, que es el significado filosófico de *ambigüité* según el diccionario Le Petit Robert<sup>5</sup>.

Sabemos, no obstante, que el diccionario nos deja en la puerta de un camino que hay que explorar. Si todo significado se conforma más que por una positividad, por un contraste o recorte a partir los significados a los que se contrapone, quien la atribuye al pensamiento que los elude, que se cuele entre ellos, lo hace a partir de tener puntos de referencia nítidos y constituidos desde los cuales dicho pensamiento resulta, por contraste, ambiguo. (Similar a lo que denuncia Sartre cuando dice que quien afirma “Yo no discrimino” se está erigiendo en centro y juez, ¿o acaso se escucha algo así del “discriminado”?). Con lo que pareciera que se sigue pensando desde lo previamente establecido o instituido, ese es el marco de referencia, el cartabón de criterio. No se acepta la crítica que se hace a lo anterior o, más bien, no se terminaría de iniciarse en aquello nuevo que propone.

Sin embargo, se podría aducir, el propio Merleau- Ponty caracteriza al filósofo como aquel que “se reconoce en que tiene el gusto por la evidencia y el sentido de la ambigüedad”<sup>6</sup>, lo que podría dar respaldo a la cuestión que parece discutible. Si no fuera porque tener sentido de la ambigüedad no implica que su obra se pueda encerrar en esa fórmula y ese es el riesgo que deseamos señalar.

La de Merleau- Ponty, que denuncia la distorsión o falsedad a que llevan las dicotomías, forjadas fundamentalmente en la filosofía moderna, como la de sujeto y objeto, de cuerpo y alma, de libertad o determinismo, de en-sí y para-sí, de la determinación de la obra por la vida en un pintor o escritor como si fueran dos esferas distintas, del sentido y el sin sentido, pero no se queda en eso sino que avanza con certeza por la vía de disolución de esas alternativas; su filosofía, que no emerge de la nada sino que analiza como un camino sin salida aquellas que esa misma modernidad planteó como excluyentes (empirismo y racionalismo) y el límite

---

<sup>4</sup> Lefort, Claude, en M. Merleau-Ponty (1964) p. 344.

<sup>5</sup> Philos. Caractere de ce qui est philosophiquement ambigu. Caractere de ce qui se présente sous deux aspects cumulatifs sans qu’il y ait nécessairement opposition. (Versión electrónica del nuevo Petit Robert).

<sup>6</sup> Merleau-Ponty, M. (1960) p. 10

que el trascendentalismo kantiano propone<sup>7</sup>; que parte en sus análisis de un conocimiento detallado y profundo de las propuestas y los “hechos” que la ciencia (la fisiología, la psicología, la psicopatología) desplegaba, para, tras dar prueba de una erudición y conocimiento científico como pocos filósofos del siglo XX, señalar la insuficiencia de la ontología que dan por supuesta en sus explicaciones<sup>8</sup> y ensayar otra; que continúa el camino señalado por Husserl (profundización del Ser salvaje y la *Lebenswelt*), retoma lo que Heidegger habría descuidado (cómo concebir esa igualdad establecida entre existencia y ser en el mundo); que se nutre de las vicisitudes de su tiempo; que no elude el compromiso de pronunciarse políticamente y se arriesga a dejar constancia de lo que piensa de su presente más circunstancial; que considera, además que esa es la tarea del filósofo, siguiendo a su maestro Alain, quien decía a sus alumnos: “La verdad es momentánea, para nosotros, hombres, que tenemos la vista corta. Corresponde a una situación, un instante; hay que verla, decirla, hacerla en ese momento, no antes ni después, en ridículas máximas; no muchas veces, porque nada es muchas veces”<sup>9</sup> y acusa, consecuentemente, a Descartes por no pronunciarse a favor de Galileo: “al negarse a hablar, Descartes rechaza también hacer valer y existir el orden filosófico en que se lo sitúa”<sup>10</sup>; que encuentra correspondencias entre la filosofía, la literatura (Proust, Valery, Mallarmé, Péguy, Montaigne, Rilke ...), la pintura (Cézanne, Klee, Max Ernst ...), la escultura (Rodin, Richier...), esta filosofía encontraría en la caracterización de ambigüedad una fórmula sino mezquina, insuficiente. Riesgosa, quizás.

En efecto, “filosofía de la ambigüedad” puede servir para resumir, simplificar y recordar, sería un buen rótulo, si esa combinación no fuera contradictoria, sobre todo para ese nivel de la enseñanza de la filosofía que corresponde a la etapa final del ciclo secundario. El riesgo de los rótulos es que pueden parecer una respuesta completa y acarrear, por lo mismo, desinterés o pereza (si ya sé de qué se trata, podría decir alguien, ¿para qué intentar ir más allá?) cuando, en el mejor de los casos, no son más que una indicación o entrada que hay que profundizar.

Si se presenta a la filosofía de Merleau-Ponty con la fórmula “Ha sido caracterizada como filosofía de la ambigüedad” es muy probable que se cierre la posibilidad de pensar o profundizar los pasajes que nos proponemos leer -- en el sentido de poder entender, inteligir, inter.-legere, leer entre las líneas y aún entre las palabras o más allá de ellas -- pues se dispone de una respuesta o solución ya pensada ¡y que se ajusta!: “esto es la ambigüedad que se señala”. Respuesta que por desgracia (y también por experiencia) cierra, lo repetimos una

<sup>7</sup> “Hay que redefinir la filosofía trascendental de modo de integrar en ella el fenómeno de lo real” (1967), p. 241.

<sup>8</sup> “Todas las ciencias se ubican en un mundo “completo” y real sin darse cuenta que la experiencia perceptiva es constituyente de ese mundo” Merleau-Ponty (1967) p. 235.

<sup>9</sup> Merleau-Ponty, M. (1960) p. 72.

<sup>10</sup> Idem ant., p. 71.

vez más, el camino fructífero de desentrañar ese pensamiento nuevo y original que todo filósofo propone.

Consideremos un posible ejemplo. En su “Lección inaugural en el College de France”, dice de la filosofía: “Se aburre (o se molesta) en lo constituido. Siendo expresión, no se realiza más que renunciando a coincidir con lo expresado y alejándolo para ver su sentido”<sup>11</sup>. ¿Qué puede suceder con esas dos líneas si las presentamos como una manera de acercarnos a qué es la filosofía? Si proponemos a nuestros alumnos que piensen qué significa eso: que es expresión pero no coincide con lo expresado. ¿Qué es lo constituido? O que piensen ¿quién se aleja – o debe alejarse -- de lo expresado, la filosofía, el filósofo o el lector? O ¿qué entendemos por “se aburre en lo constituido”? O ¿por qué la filosofía renuncia a coincidir con lo expresado? O ¿Cómo la entendemos, o nos acercamos siquiera a ella, si no coincide con lo expresado, dónde está entonces? Casi todas estas preguntas podrían responderse con señalar que hay ambigüedad entre los dos términos, o allí reside la ambigüedad y dar, de este modo, por suficientemente aclarada o pensada la cuestión propuesta. No sería falso, pero sí algo vacío, inhibidor de la búsqueda.

Podemos, también, intentar echar otra luz sobre esas palabras acercándolas a unas que el autor cita de Cézanne. La circunstancia es la siguiente: Cézanne, quien dudó hasta el final sobre el sentido de su vida y de su pintura, quiso pintar algo que Balzac describe en *Piel de zapa*: un mantel blanco como una capa de nieve recién caída sobre la que se elevaban simétricamente los cubiertos coronados de pancitos rubios. Cézanne confiesa: “Toda mi juventud yo quise pintar eso, ese mantel de nieve fresca... Sé ahora que sólo hay que *querer* pintar: se elevaban simétricamente los cubiertos y: pancitos rubios. Si pinto “coronados” soné, ¿comprende? Y si realmente equilibrio y matizo mis cubiertos y mis panes como son al natural, estén seguros de que las coronas, la nieve y todo el temblor estarán allí”<sup>12</sup>. Y podemos preguntar: ¿Qué pinta y qué deja de pintar? ¿Por qué no pinta “coronados”? ¿Dónde aparece, si aparece, “coronados” en el cuadro? ¿Gracias a qué aparece? ¿Y Balzac, dónde percibió “coronados”? ¿Estaba allí, lo inventó, es una metáfora, se le escapó sin pensar? ¿No se da aquí, en la pintura, que es expresión, el renunciar a coincidir con lo expresado para que pueda surgir el sentido, del mismo modo que en la filosofía?

De todas las preguntas anteriores no tengo *la* respuesta. Creo que también esa es una condición esencial para motivar la búsqueda en la clase: queda descartado así de antemano, y por las dudas, que no hay que coincidir con el pensamiento tramposamente oculto de alguien

---

<sup>11</sup> Merleau-Ponty, M. (1960) p. 68.

<sup>12</sup> Merleau-Ponty (1960) en “Le doute de Cézanne”), p. 27.

que, por otra parte, da la horrible casualidad que es la profesora que “pone la nota”. Además, estoy casi segura de que cualquiera de ellas, sometidas a la consideración del adolescente, puede recibir sorprendentes y sugestivas respuestas. Así ha sucedido en casos similares, siempre y cuando no los hayamos encerrado previamente en una fórmula que responde a todo sin permitirnos pensar nada.

¿Cómo abordar, o acercarse, entonces, a un filósofo? Dejemos que nos aconsejen ellos mismos al referirse a aquellos que fueron sus guías, que nos indiquen cómo los leen. Justamente, en el comienzo de su artículo “Acerca de la fenomenología del Lenguaje” Merleau-Ponty señala de qué modo se acerca, él mismo, a Husserl: “Este problema (el del lenguaje) permite mejor que cualquier otro interrogar la fenomenología y no sólo repetir a Husserl sino recomenzar su esfuerzo, retomar más que sus tesis, el movimiento de su reflexión.”<sup>13</sup> Retomar el movimiento de la reflexión de un filósofo, ¿no puede ser eso un buen programa que proponernos? Sin dudas es una tarea difícil, un límite que quizás no alcancemos, pero seguro que para tratar de llevarla a cabo es una condición previa no congelar el movimiento con esquemas.

En un sentido parecido aconseja Jaspers<sup>14</sup> sobre cómo leer a Nietzsche, consejos que creo se pueden aplicar a la lectura o reflexión acerca de cualquier filósofo. Tras describir que en un primer acercamiento Nietzsche resulta fascinante, encantador, comprensible de inmediato, tan pronto como se sigue leyéndolo surgen obstáculos y el entusiasmo por el Nietzsche inmediatamente agradable se torna “en repugnancia por una complejidad abigarrada y en apariencia inconexa.” Para superar ambas reacciones agrega que a partir de la mera lectura se tiene que llegar a su estudio que define como la “apropiación de sus experiencias intelectuales” de modo que “se pueda experimentar aquello de que se trata”. Sólo después es posible la crítica y el distanciamiento.

“Recomenzar el movimiento de su reflexión”, “apropiarse de su experiencia intelectual”, “experimentar aquello de que se trata”: son opciones que establecen una distancia considerable con saber distribuir adecuadamente ciertos rótulos.

Volvamos al aprendizaje de la filosofía en el nivel secundario. Creo que tiene un doble propósito, por un lado, contribuir a completar la imagen del mundo del adolescente abriendo la perspectiva filosófica, como una de las realizaciones humanas con sus nombres, sus teorías, sus ecos insoslayables en todos los campos de la cultura: eso es lo que se nos pide desde afuera, desde la no filosofía, y es legítimo; por otro lado, y desde la filosofía, ahora como una

---

<sup>13</sup> Merleau-Ponty (1960) “Acerca de la fenomenología del lenguaje”, p. 83.

<sup>14</sup> Jaspers, K. (1963), Prólogo a la primera edición y a la tercera.

exigencia interna, hacerlo de modo tal que la filosofía se viva, o sea que se practique, que sea una experiencia transformadora. Es necesario evitar, entonces, dos límites negativos que son las dos caras de un mismo riesgo: que no se reduzca a ser información, algo que en el mejor de los casos se relata; que no se esfume en precipitadas y prejuiciosas sentencias pues habríamos, así, olvidado, por segunda vez, a la filosofía misma. El problema de los rótulos está en rigidizar por reducción, en ambos casos.

Por ello la sensibilidad extrema ante su empleo: pueden acortar caminos pero al mismo tiempo no llevarnos a ningún lado. O lo que es peor, transformar la plasticidad y riqueza del pensamiento en una fórmula, cómoda, pero infructuosa. Es una tentación a la que debemos resistirnos y sobre todo, aunque parezca paradójico, cuanto más alejados de la filosofía sean nuestros interlocutores. Debemos pensar que quizás sea la única ocasión que tengan de acercarse a ella. No parece que deberíamos darnos por satisfechos si el solo indicio de que alguna vez la frecuentaron fuera un bagaje de carteles de dudosa ubicación y a menudo ni siquiera mencionados por el pensamiento al que se los aplica.

¿Qué hacer a cambio? Aún a riesgo de caer en un resumen tan falso y simplificador como el que denunciamos, se puede indicar algo. Por un lado, ceñirnos, concentrarnos. Un texto del filósofo, una pregunta, o varias, un poco de silencio de nuestra parte, pueden ser un buen punto de partida para pensar. Paralela y complementariamente, establecer correspondencias, siempre observando parvedad más que exceso: un poema, una escena de película, una imagen, un enlace con el contexto histórico o con la actualidad.

Sí, como dijo Hegel, el camino del espíritu es dar rodeos, bienvenida esa opción.

—

## Bibliografía

De Beauvoir, Simone (1964). *Pour une morale de l'ambigüité*. Saint-Amand (Cher), nrf, Gallimard.

Ferrater Mora, José (1965). *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires, Sudamericana.

Lefort, Claude, en Merleau-Ponty, Maurice (1964). *Le visible et l'invisible*. Le Mesnil-sur-l'Éstrée (Eure), Gallimard.

Merleau-Ponty, Maurice (1967). *La structure du comportement*. Vendome, France, Presses Universitaires de France.

Merleau-Ponty, Maurice, (1960). *Eloge de la philosophie et autres essays*. Saint-Amand (Cher), nrf Gallimard.

Merleau-Ponty, Maurice, (1966). *Sens et non sens*. Paris, Angers.

Jaspers, Karl (1963). *Nietzsche*. Buenos Aires, Sudamericana. Traducción de Emilio Estiú.